

**Dania Riverón
Aguilera** | *El conflicto
civilización o barbarie
en el pensamiento
filosófico
antropológico de José
Martí*

En un contexto en el que el mito de la inferioridad del hombre americano, revestido de aspectos pseudocientíficos, se había perpetuado de diferentes formas y se había transformado en mito anti indígena, anti mestizo y anti latino, y los pueblos latinos eran vistos como inferiores a los sajones, la idea de inferioridad ganó incluso la conciencia de numerosos latinoamericanos entre los que se inscriben positivistas mexicanos, argentinos y chilenos. Estos se deslumbran con la civilización europea y la norteamericana a las que veían como un ideal a alcanzar y, en consecuencia, sienten vergüenza y desprecio por su América mestiza.

Alcides Arguedas se lamentaba de la raza indígena que impedía a Bolivia incorporarse a la civilización: «[...] de no haber predominio de sangre indígena, desde el comienzo habría dado el país orientación consciente a su vida [...] y estaría hoy al mismo nivel que muchos pueblos más favorecidos por corrientes migratorias venidas del viejo continente».¹ Juan Bautista Alberdi establecía una categórica segmentación entre las razas que

¹ Alcides Arguedas: «Pueblo enfermo», en *Ideas en torno de Latinoamérica*, UNAM, México, 1986, t. 2, p. 1040.

forman nuestro continente: «En América todo lo que no es europeo es bárbaro: no hay más división que esta: 1º el indígena, es decir, el salvaje; 2º el europeo, es decir, nosotros, los que hemos nacido en América y hablamos español, los que creemos en Cristo y no en Pillán (dios de los indígenas)».²

Domingo Faustino Sarmiento, en Argirópolis o la capital de los Estados Confederados del Río de la Plata, en 1850, invocaba: «Llamaos los Estados Unidos de la América del Sur».³ En *Conflictos y armonías de las razas en América*, publicada en 1883, año de su muerte, exhortaba: «No detengamos a los Estados Unidos en su marcha; es lo que en definitiva proponen algunos. Alcancemos a los Estados Unidos. Seamos la América, como el mar es el océano. Seamos Estados Unidos».⁴ Más tarde, el uruguayo José Enrique Rodó se encargaría de criticar la deslatinización y sajonización de Latinoamérica, calificando la tendencia de copiar modelos extraños como «nordomanía».⁵ Sobre los Estados Unidos diría que «les admiro» — antepone aunque — «no les amo».⁶

A propósito de este contexto espacio temporal, Pedro Pablo Rodríguez valora: «Bajo ese ambiente se desarrolló el pensamiento martiano, cuya ética humanista y de servicio le enfrentó desde joven a la perspectiva desde la cual se desenvolvía el debate».⁷ Este autor sostiene que el pensamiento martiano «dialoga y disiente a la vez con las ideas y las perspectivas de su época».⁸ Asimismo, R. Fernández Retamar considera que «parte de la obra de Martí es un diálogo implícito y a veces explícito con las tesis sarmientinas».⁹ En efecto, no es difícil constatar ese

² Juan Bautista Alberdi: «Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina (Fragmentos)», en *Pensamiento Positivista Latinoamericano*, Vol. I, Leopoldo Zea (Ed.), Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1980, p. 80.

³ Domingo Faustino Sarmiento: *Argirópolis o la capital de los Estados Confederados del Río de la Plata*, p. 78.

⁴ _____: *Conflictos y armonías de las razas en América*, p. 139.

⁵ José Enrique Rodó: «Ariel y Proteo selecto», en *Colección Claves de América*, Fundación Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1993, p. 41.

⁶ *Ibidem*, p. 46.

⁷ Pedro Pablo Rodríguez: Prólogo a *Ni «siervos futuros» ni «aldeanos deslumbrados»*. Compilación de textos de Miriam Herrera, Casa Editora Abril, 2010.

⁸ Pedro Pablo Rodríguez: *De las dos Américas*, Presentación del autor, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2002, p. 5.

⁹ Roberto Fernández Retamar: *Todo Caliban*, Fondo Cultural del Alba, La Habana, 2006, p. 47.

interesante contrapunteo entre las dos figuras en las que, según Rubén Darío, «ha intentado aparecer el genio en las tierras de América»,¹⁰ y de las que Ezequiel Martínez Estrada opinó que «difícilmente encontraríamos en Hispanoamérica dos hombres más semejantes que Sarmiento y Martí».¹¹

El 20 de mayo de 1890, Martí se había referido a Sarmiento como «el gran Sarmiento en su Civilización y barbarie, libro de fundador».¹² Este libro había aportado un considerable peso a la reflexión latinoamericana sobre la cultura, al punto que Ezequiel Martínez Estrada lo calificó como «un capítulo de la antropología americana». Sarmiento, años antes, en 1885, también había evocado a Martí con admiración, aunque reprochaba la interpretación martiana de América: «Quisiera que Martí nos diera menos Martí, menos latino, menos español de raza y menos americanos del sur, por un poco más del yankee, el nuevo tipo de hombre moderno [...]».¹³ Al respecto ha dicho Federico de Onís, que «eso que cree sobrar en Martí es precisamente aquello en lo que lo supera».¹⁴

En enero de 1876, Martí ya expresa su preocupación por los conflictos y polaridades que afectaban el desarrollo de los países latinoamericanos: «Somos a la par miserables y opulentos; hombres y bestias; literatos en las ciudades, y casi salvajes en los pueblos [...]».¹⁵ Esa idea se mantiene latente y continúa acrisolándose. En 1884, critica el pretendido conflicto entre civilización y barbarie y entre lo que es europeo y lo que no lo es:

[...] pretexto de que la civilización, que es el nombre vulgar con que corre el estado actual del hombre europeo, tiene

¹⁰ Rubén Darío: Responso que publicó en *La Nación* al conocer de la muerte de Martí.

¹¹ Ezequiel Martínez Estrada: «Sarmiento y Martí», en *Cuadernos Americanos*, México, año V, v. XXVIII, n. 4, julio-agosto de 1946, p. 162.

¹² José Martí: «La pampa. Juicio crítico», en *Obras Completas*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975. En lo sucesivo se citará al autor con las siglas J. M. y a esta edición con las siglas O. C. Sólo se especificará cuando se haga mención a edición distinta a la antes citada.

¹³ Domingo Faustino Sarmiento: «Páginas literarias», en *Obras Completas*, Santiago de Chile-Buenos Aires, 1885-1902, tomo XLVI, pp. 166-173.

¹⁴ Federico de Onís: «José Martí: valoración», en *Antología crítica de José Martí*, Manuel Pedro González (Ed.), Editorial Cultura, México, 1960, pp. 13-21.

¹⁵ J. M.: «La civilización de los indígenas», en *Obras Completas*, Edición Crítica, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2010, t. 2, p. 266.

derecho natural de apoderarse de la tierra ajena perteneciente a la barbarie, que es el nombre que los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América europea [...]¹⁶

Este pensamiento tiene su colofón en el ensayo «Nuestra América», en el que señala: «Cansados del odio inútil, de la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el cirial, de la ciudad contra el campo, del imperio imposible de las castas urbanas divididas sobre la nación natural, tempestuosa o inerte [...]».¹⁷ Y sentencia que «No hay batalla entre la civilización y la barbarie».¹⁸ Estos temas ocuparon su atención hasta sus últimas obras. En 1895, en el «Manifiesto de Montecristi», analiza las causas¹⁹ de los trastornos que habían padecido los países latinoamericanos, entre ellos: el error de adoptar moldes extranjeros, la concentración de la cultura meramente literaria en las capitales y el apego a las costumbres señoriales de la colonia.

La autora reinterpreta el debate del pensamiento antropológico latinoamericano que tiene como eje el supuesto conflicto entre «civilización y barbarie», a través de la controversia entre Martí y Sarmiento, y analiza la crítica que hace Martí a las categorías propias de la antropología física decimonónica y de otras ciencias positivas auxiliares, y valora al menos nueve dimensiones que corroboran la superación que logra el pensamiento filosófico antropológico martiano con respecto al de Sarmiento en sus respectivas exégesis sobre Latinoamérica y el hombre latinoamericano.

Las cuatro primeras dimensiones giran en torno a las categorías «raza» y «progreso» y ponen en evidencia la aplicación por los positivistas de los conceptos de la «selección natural» y la «degeneración racial» a la esfera de la sociedad. Otras tres son la expresión de las anteriores en la conciencia de los latinoamericanos y la última las resume. Todas versan sobre la antinomia inferioridad-superioridad entre hombres y naciones, propia del darwinismo social y del etnocentrismo, esgrimidos por el colonialismo.

¹⁶ J. M.: «Una distribución de diplomas en un colegio de los Estados Unidos», en *O. C.*, t. 15, p. 263.

¹⁷ J. M.: «Nuestra América», en *O. C.*, t. 6, p. 20.

¹⁸ *Ibidem*, p. 17.

¹⁹ J. M.: «Manifiesto de Montecristi», en *O. C.*, t. 4, p. 95.

La primera dimensión que los distancia radica en la presunta contradicción entre la ciudad y el campo, entre el hombre natural y el artificial, entre cultura y naturaleza. Sarmiento exalta falsa oposición entre la vida urbana, en la que reconoce la civilización, y la del campo, en la que aprecia la barbarie:

El hombre de la ciudad viste el traje europeo, vive la vida civilizada tal como la conocemos en todas partes; allí están las leyes, las ideas de progreso, los medios de instrucción, alguna organización municipal, el gobierno regular, etc. Saliendo del recinto de la ciudad todo cambia de aspecto; el hombre de campo lleva otro traje que llamaré americano, por ser común a todos los pueblos; sus hábitos de vida son diversos, sus necesidades peculiares y limitadas; parecen dos sociedades distintas, dos pueblos extraños del uno al otro [...]²⁰

Mientras tanto, para Martí: «Las ciudades son la mente de las naciones; pero su corazón, donde se agolpa, y de donde se reparte la sangre, está en los campos».²¹ Considera que los campesinos «son la mejor masa nacional, y la más sana y jugosa, porque recibe de cerca y de lleno los efluvios y la amable correspondencia de la tierra, en cuyo trato viven».²² A diferencia de los que apreciaban contraposición entre el hombre, la cultura y la naturaleza, Martí percibe entre ellos una relación armoniosa: «Y el hombre no se halla completo, ni se revela a sí mismo, ni ve lo invisible, sino en su íntima relación con la naturaleza».²³

Critica a «"las capitales de corbatín que «dejaban en el zaguán al campo de bota de potro»».²⁴ Cuestiona «"¿Qué importan las luchas entre la ciudad universitaria y los campos feudales?»²⁵ Aboga por el gobierno que tenga por base la razón, pero «la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de unos sobre la razón campestre de otros».²⁶

²⁰ Domingo Faustino Sarmiento: *Facundo. Civilización y Barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*, Editorial Porrúa, 11^o edición, México, 2000, pp. 20-21.

²¹ J. M.: «Maestros ambulantes», en *O. C.*, t. 8, p. 290.

²² Ídem.

²³ J. M.: «Emerson», en *O. C.*, t. 13, p. 26.

²⁴ J. M.: «Nuestra América», en *O. C.*, t. 6, p. 18.

²⁵ J. M.: «Discurso pronunciado en la velada artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, el 19 de diciembre de 1889, a la que asistieron los delegados a la Conferencia Internacional Americana», en *O. C.*, t. 6, p. 138.

²⁶ J. M.: «Nuestra América», en *O. C.*, t. 6, p. 19.

Sarmiento observa que en Argentina «se ven a un tiempo dos civilizaciones distintas en un mismo suelo: una naciente [...] remedando los esfuerzos de la Edad Media; otra [...] intenta realizar los últimos resultados de la civilización europea» —de lo que deduce— «El siglo XIX y el siglo XII viven juntos: el uno dentro de las ciudades, el otro en las campañas».²⁷ Martí aprecia: «Quedaron en lucha, a la hora de la libertad, el hombre directo y genuino de la tierra, impetuoso y selvático, y el caballero de salón y libros [...]».²⁸ En «Nuestra América» afirma: «Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico».²⁹

Sarmiento siente desprecio por los hombres que habitan la llanura y aprecia que «el elemento principal de orden y moralización que la República Argentina cuenta hoy es la inmigración europea».³⁰ Consideraba que «Cuantos más europeos acudan a un país, más se irá pareciendo ese país a la Europa [...]».³¹ Posición similar asumía Alberdi, quien se pregunta: «¿Queremos plantar y aclimatar en América la libertad inglesa, la cultura francesa, la laboriosidad del hombre de Europa y los Estados Unidos?», y se responde: «Traigamos pedazos vivos de ellos en las costumbres de sus habitantes y radiquémoslos aquí».³²

Estos pensadores veían en el hombre autóctono un obstáculo para el desarrollo y abogaban por el cambio de sangre y la educación positivista, entendida esta como un proceso deculturalizador que implantara en su lógica la de la cultura occidental, como instrumentos para lograr el progreso, estrategias catalogadas por algunos autores como «transfusión de sangre» y «lavado de cerebro».

Martí rechaza: «[...] azogada en las venas nuestra sangre ardiente por la transfusión desmedida e incesante de las ideas gloriosas que todavía son sueños [...] en los mismos pueblos seculares y maduros que las crearon».³³ También reflexiona: «Se

²⁷ Domingo Faustino Sarmiento: Ob. cit., p. 37.

²⁸ J. M.: «Juan Carlos Gómez», en O. C., t. 8, p. 187.

²⁹ J. M.: «Nuestra América», en O. C., t. 6, p. 17.

³⁰ Domingo Faustino Sarmiento: Ob. cit., p. 216.

³¹ Ídem.

³² Juan Bautista Alberdi: «Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina (Fragmentos)», en *Pensamiento Positivista Latinoamericano*, Vol. I, Leopoldo Zea (Ed.), Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1980, p. 83.

³³ J. M.: «Carta a La República, 8 de julio de 1886», en O. C., t. 8, p. 20.

piden inmigrantes en muchas de nuestras repúblicas. Los pueblos que tienen indios, deben educarlos, que siempre fructificarán mejor, en el país, y lo condensarán más pronto en nación [...] que los que le traigan brazos útiles, pero espíritu ajeno».³⁴

Critica la acción etnocida dirigida por la oligarquía nacional argentina para aniquilar a la población gaucha y reemplazarla por inmigrantes europeos: «[...] al amparo de una tradición criminal cercenaron, con el sable tinto en la sangre de sus mismas venas, la tierra del hermano vencido, del hermano castigado más allá de sus culpas».³⁵ En sus juicios sobre el libro de Alfredo Abelot, *La pampa*, reprocha al autor atribuir a los hombres naturales de las tierras argentinas defectos que eran consecuencia de los maltratos y abandono al que habían sido sometidos:

Donde pudo y debió ver los lances heroicos de la sociedad inicial, el combate primario del hombre y de la fiera, [...], la disputa de las tribus pujantes y naturales con la ciudad literaria y leguleya, y la victoria súbita y feliz de la cultura, bella y útil, sobre la barbarie deslumbrada, ve persistencias, y desviaciones y selecciones, y atavismo. Lleva teoría que es como llevar venda. No ve más que barbarie primitiva y necesidad feroz de sangre en el indio descendiente de generaciones oteadas y acuchilladas por el blanco [...] A crudeza animal, e insistencia de la fiera en la composición humana, atribuye la familiaridad, que le parece gusto, del gaucho con la sangre, sin notar que esta es consecuencia de la vida carnífera del gaucho [...]³⁶

En estos juicios Martí acentúa que la supuesta barbarie del hombre natural es consecuencia de sus condiciones de vida. Refuta los «atavismos» de Sarmiento sobre la base de su comprensión de la identidad de la naturaleza humana: «[...] el hombre es el mismo en todas partes, y aparece y crece de la misma manera, y hace y piensa las mismas cosas, sin más

³⁴ J. M.: «De la inmigración inculta y sus peligros», en *O. C.*, t. 8, p. 384.

³⁵ J. M.: «Nuestra América», en *O. C.*, t. 6, p. 15.

³⁶ J. M.: «La pampa. Juicio crítico», en *O. C.*, t. 7, p. 370.

³⁷ J. M.: «La historia del hombre contada por sus casas», en *O. C.*, t. 18, p. 357.

diferencia que la de la tierra en que vive [...]».³⁷ Sobre esta idea sostiene:

Y siendo una en todos los hombres la naturaleza humana, y uno siempre en torno de ellos el resto de la naturaleza en que el hombre influye, y que influye en él, unos han de ser los actos humanos cada vez que el mismo grupo de datos, el mismo estado nacional, la misma penuria económica, la misma irregularidad política, la misma concurrencia en el espíritu de elementos semejantes se presentan.³⁸

Al mismo tiempo comprende que cambia la condición humana cuando cambian las circunstancias en que se vive: «Cuando las condiciones de los hombres cambian, cambian la literatura, la filosofía y la religión, que es una parte de ella [...]»³⁹ Martí se percata de que el conflicto entre hombre-bestia, razón-cirial, libro-lanza, se construye a partir de la separación cultura-naturaleza y al asumir la primacía de la primera sobre la segunda. Valora que este enfoque es prejuiciado y esquemático al interpretar las diferencias entre ciudad-campo, reducidas a espacio y geografía, sin tener en cuenta las relaciones entre los hombres y de estos con la naturaleza y la sociedad, a partir de las cuales se crea la cultura y el desarrollo de los pueblos.

La segunda dimensión estriba en la interpretación que hacen ambos pensadores respecto a la diferencia de caracteres y hábitos de los habitantes de las dos secciones del continente. Sarmiento considera que la raza latina era idealista y soñadora por lo que debía ser «completada» con las cualidades de la raza sajona que era pragmática y emprendedora, con el sentido práctico de la vida y la capacidad para el trabajo material, en lo que revela su defensa del liberalismo económico y su admiración hacia la sociedad industrial. Por ello repudia al gaucho argentino:

[...] de la fusión de estas tres familias ha resultado un todo homogéneo, que se distingue por su amor a la ociosidad e incapacidad industrial [...] Las razas americanas viven en la ociosidad, y se muestran incapaces, aun por medio de la compulsión, para dedicarse a un trabajo duro y seguido.⁴⁰

³⁸ J. M.: «Libro nuevo y curioso», en *O. C.*, t. 15, p. 396.

³⁹ J. M.: «Henry Ward Beecher», en *O. C.*, t. 13, p. 33.

⁴⁰ Domingo Faustino Sarmiento: *Ob. cit.*, p. 19.

⁴¹ J. M.: «Hasta el Cielo», en *O. C.*, t. 6, p. 423.

Martí percibe la oposición entre el utilitarismo sajón frente a conquistas del humanismo desalienador que se venía cultivando por el pensamiento latinoamericano. De la misma forma que apreció que «Si Europa fuera el cerebro, nuestra América sería el corazón»,⁴¹ en los llamados «apuntes escolares», dilucidó:

Los norteamericanos posponen a la utilidad el sentimiento. –Nosotros posponemos al sentimiento la utilidad. // Y si hay esta diferencia de organización, de vida, de ser, si ellos vendían mientras nosotros llorábamos, si nosotros reemplazamos su cabeza fría y calculadora por nuestra cabeza imaginativa, y su corazón de algodón y de buques por un corazón tan especial, tan sensible, tan nuevo que sólo puede llamarse corazón cubano, ¿cómo queréis que nosotros nos legislemos por las leyes con que ellos se legislan?⁴²

Aprecia la diferencia de orígenes: «Del arado nació la América del Norte, y la Española, del perro de presa».⁴³ Asimismo, contrasta los rasgos psicológicos de los fundadores de la independencia del Norte y del Sur cuando reclamaba un historiador más digno de Bolívar que de Washington porque «América es el exabrupto, la brotación, las revelaciones, la vehemencia, y Washington es el héroe de la calma; formidable, pero sosegado; sublime, pero tranquilo».⁴⁴

Atribuye el origen de esos rasgos distintivos a la herencia de España: «[...] poseedores de una excesiva instrucción literaria que heredamos de la colonia perezosa [...]».⁴⁵ También aclara: «Hábitos podrán faltarle, porque el español no nos crió para servirnos de nosotros mismos, sino para servirle [...]».⁴⁶ Explica que los hombres de nuestra América poseen rasgos espirituales particulares, al ser más sensibles e imaginativos, lo que también asocia a la hermosura de la naturaleza que surte en ellos un efecto inspirador: «Aquí, en mi madre América [...] El indómito

⁴² J. M.: «Cuaderno de Apuntes», en *O. C.*, t. 21, pp. 15-16.

⁴³ J. M.: «Discurso pronunciado en la velada artístico literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana», 19 de diciembre de 1889, en *O. C.*, t. 6, p. 136.

⁴⁴ J. M.: «Los artículos de la fe», en *O. C.*, t. 6, p. 352.

⁴⁵ J. M.: «El carácter de la Revista Venezolana», en *O. C.*, t. 7, p. 209.

⁴⁶ J. M.: «El colegio de Tomás Estrada Palma en Central Valley», en *O. C.*, t. 5, p. 260.

⁴⁷ J. M.: «Poesía dramática americana», en *O. C.*, t. 7, p. 174.

gaucho canta su rencoroso cielito; el tapatío mexicano, su pintoresco jarabe; su punto enamorado, el guajiro de Cuba [...] La fantasía, virgen desnuda, tiene en América el casto seno henchido».⁴⁷

Sobre el supuesto defecto del exceso de imaginación interpreta que: «No hay que rebajar las condiciones que se tienen: sino equilibrarlas por el realce o adquisición de las que no se tienen», y añade: «Para dar a los pueblos de la América del Sur lo que les falta, no hay que rebanarles la hermosa imaginación, sino levantarla, dotarlos de razón en igual grado. Lo contrario sería mejorar perdiendo».⁴⁸

Considera que esas peculiares características no deben entenderse como sinónimo de debilidad o inferioridad. Asegura que «de virtudes y defectos son capaces por igual latinos y sajones».⁴⁹ Combate la creencia etnocentrista de asumir determinadas pautas de conducta como superiores a otras. Una vez más, delimita lo que es universal y constante en la naturaleza humana y lo que es local y variable a partir de su concepto de la unidad y diversidad del hombre:

La naturaleza del hombre es por todo el universo idéntica, y tanto yerra el que suponga al hombre del Norte incapaz de las virtudes del Mediodía, como el de corazón canijo que creyese que al hombre del Sur falta una sola siquiera de las cualidades esenciales del hombre del Norte. Un pueblo crea su carácter en virtud de la raza de que procede, de la comarca en que habita, de las necesidades y recursos de su existencia, y de sus hábitos religiosos y políticos. La diferencia entre los pueblos fomenta la oposición y el desdén.⁵⁰

La tercera dimensión estriba en las concepciones divergentes respecto al tema de la raza. Sarmiento se queja: «Mucho debe haber contribuido a producir este resultado desgraciado la incorporación de indígenas que hizo la colonización» y lamenta «la idea de introducir negros en América, que tan fatales

⁴⁸ J. M.: «Serie de artículos para La América», en *O. C.*, t. 23, p. 43.

⁴⁹ J. M.: «La verdad sobre los Estados Unidos», en *O. C.*, (reimpresión de la edición citada por Editorial de Ciencias Sociales en 1993), t. 28, p. 290. (No aparece en edición citada).

⁵⁰ J. M.: «El colegio de Tomás Estrada Palma en Central Valley», en *O. C.*, t. 5, p. 260.

resultados ha producido».⁵¹ En cambio, Martí, en su anhelo de justicia, defiende su ideal sobre la identidad universal del hombre:

No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámpara enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la Naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y color. Peca contra la humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas.⁵²

Insiste en su prédica sobre la igualdad del hombre. En el artículo «Mi raza», publicado en *Patria*, el 16 abril de 1893, afirma:

Esa de racista está siendo una palabra confusa, y hay que ponerla en claro. El hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza u otra —dígame hombre, y ya se dicen todos los derechos. El negro, por negro, no es inferior ni superior a ningún otro hombre [...] Todo lo que divide a los hombres, todo lo que los especifica, aparta o acorrala, es un pecado contra la humanidad.⁵³

El antirracismo martiano, más que un fundamento político o ideológico, tiene un basamento filosófico antropológico para despojar la categoría «raza» de todo carácter excluyente. Emplea el vocablo, más que como clase o linaje, como comunidad cultural: «[...] mi cariño vigilante por los pueblos de mi raza en América».⁵⁴ Asegura que «La raza es una patria mayor [...] es un altar de comunión; y quien la niega, o la desconoce, o la vicia, o se quiere salir de ella, —desertor es—, traidor como el que pliega la bandera y huye ante el enemigo en hora de batalla, o se pasa a sus huestes».⁵⁵

La cuarta dimensión descansa en la supuesta superioridad de la América anglosajona ante la latina. Martí apreció con claridad la lógica del desarrollo de los pueblos al analizar las

⁵¹ Domingo Faustino Sarmiento: Ob. cit., p. 19.

⁵² J. M.: «Nuestra América», en *O. C.*, t. 6, p. 22.

⁵³ J. M.: «Mi raza», en *O. C.*, t. 2, p. 298.

⁵⁴ J. M.: «Al ministro de la Argentina», en *O. C.*, t. 1, p. 266.

⁵⁵ J. M.: «Biblioteca americana», en *O. C.*, t. 8, p. 313.

causas a las que se atribuía el progreso de los pueblos sajones y el desarrollo lento y trabajoso de las naciones hispanas. Fue capaz de discernir que ciertamente existían diferencias entre las dos Américas, pero que las mismas no radicaban en los orígenes biológicos, a modo de fatalidad congénita, sino en razones históricas, geográficas, económicas y culturales, y que el atraso de nuestros países obedecía al haber tenido una evolución más corta — «con menor favor de la historia» —;⁵⁶ y al aislamiento, al no tener contactos con otros países — «sin comunicaciones y preparación» —,⁵⁷ y juzga que «punible ignorancia o alevosía fuera desconocer las causas [...] de los trastornos americanos».⁵⁸

Como expresión de ese mito de «superioridad», en los años ochenta, Martí percibió apreciaciones abiertamente racistas sobre los pueblos latinos en los diarios norteamericanos, en los que se empleaban calificativos como «petimetres», «piernas pobres», «sin seso», «escoria de una civilización degenerada, sin virilidad y sin propósito». En 1883 se refiere a que: «Se nos tiene por una especie de hembras de la raza americana».⁵⁹ En 1887 alude: «[...] no pasa un día sin que estos diarios ignorantes y desdeñosos nos traten de pueblecillos sin trascendencia, de naciones de sainete [...]».⁶⁰ Su reacción no se haría esperar. En 1889, *The Evening Post* difundió, la carta dirigida por Martí a su director, en respuesta a una crítica ofensiva que había publicado *The Manufacturer* y que este diario había reproducido, en la que desmiente los insultos y enfatiza:

No somos los cubanos ese pueblo de vagabundos míseros o pigmeos inmorales que a *The Manufacturer* le place describir; ni el país de inútiles verbosos, incapaces de acción, enemigos del trabajo recio, que, junto con los demás pueblos de América española, suelen pintar viajeros soberbios y escritores.⁶¹

Sobre sus intenciones con este artículo le explica a Manuel Mercado:

⁵⁶ J. M.: «Nuestra América», en *O. C.*, t. 6, p. 22.

⁵⁷ J. M.: «Manifiesto de Montecristi», en *O. C.*, t. 4, p. 94.

⁵⁸ Ídem.

⁵⁹ J. M.: «Una indicación de La América», en *O. C.*, t. 8, p. 364.

⁶⁰ J. M.: «La República Argentina en Los Estados Unidos», en *O. C.*, t. 7, p. 330.

⁶¹ J. M.: «Vindicación de Cuba», en *O. C.*, t. 1, p. 237.

Lo que quiero es demostrar que somos pueblos buenos, laboriosos y capaces. A cada ofensa, una respuesta, del tipo de la que le mando, y más eficaz por su moderación. A cada aserción falsa sobre nuestros países, la corrección al pie. A cada defecto, justo en apariencia, que se nos eche en cara, la explicación histórica que lo excusa, y la prueba de la capacidad de remediarlo. Sin defender no sé vivir.⁶²

En la crónica sobre la Comisión Monetaria Internacional, en 1891, denuncia:

Crean en la superioridad incontrastable de la raza anglosajona contra la raza latina. Crean en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y vejan hoy, y de la india, que exterminan. Crean que los pueblos de Hispanoamérica están formados, principalmente, de indios y de negros. Mientras no sepan más de Hispanoamérica los Estados Unidos y la respeten más [...]⁶³

En 1894, escribe en *Patria*: «[...] un pueblo que por tradición nos desdeña y codicia, que en sus periódicos y libros nos befa y achica [...] nos tiene como a gente jojota y femenil, que de un bufido se va a venir a tierra; [...] por su preocupación contra las razas mestizas (...)».⁶⁴ De la misma forma, rechaza la supuesta superioridad de Europa, lo que explica en el prospecto de la Revista Guatemalteca, que se proponía publicar, y que nunca llegó a salir:

Yo conozco a Europa, y he estudiado su espíritu; conozco a América y sé el suyo. Tenemos más elementos naturales, en estas nuestras tierras, desde donde corre el Bravo fiero hasta donde acaba el digno Chile, que en tierra alguna del Universo; pero tenemos menos elementos civilizadores, porque somos mucho más jóvenes en historia, no contamos seculares precedentes y hemos sido, nosotros los latinoamericanos, menos afortunados en educación que pueblo alguno [...]⁶⁵

⁶² J. M.: «Carta a Manuel Mercado, 21 de marzo de 1889», en *O. C.*, t. 20, p. 139.

⁶³ J. M.: «La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América», en *O. C.*, t. 6, p. 160.

⁶⁴ J. M.: «La protesta de Thomasville», en *O. C.*, t. 3, p. 62.

⁶⁵ J. M.: «Revista Guatemalteca», en *O. C.*, t. 7, p. 104.

La quinta dimensión consiste en la visión de ambos intelectuales con respecto a los Estados Unidos como paradigma a imitar. Martí, cuestiona el falso concepto de civilización y progreso, al percatarse de que la riqueza y la prosperidad que exhibe el capitalismo no son las únicas medidas de desarrollo de una sociedad: «La prosperidad que no esté subordinada a la virtud avillana y degrada a los pueblos; los endurece, corrompe y descompone».⁶⁶ Es consciente de que los Estados Unidos son «puestos a menudo de ejemplo inimitable ante oyentes crédulos».⁶⁷ Sin embargo, en vez de deslumbrarse por la prosperidad de aquel país, desde sus años juveniles, antes de haberlo conocido desde dentro, ya era capaz de discernir: «Las leyes americanas han dado al Norte alto grado de prosperidad, y lo han elevado también al más alto grado de corrupción. Lo han metalificado para hacerlo próspero. ¡Maldita sea la prosperidad a tanta costa!»⁶⁸

Lejos de idealizar a Estados Unidos como portador de democracia y progreso, advertía: «Esta república, por el culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos».⁶⁹ Más adelante señala: «De una apacible aldea pasmosa se convirtió la república en una monarquía disimulada».⁷⁰ En otro momento enjuicia: «[...] la república se hace cesárea e invasora».⁷¹ También alerta: «Aquí se amontonan los ricos de una parte y los desesperados de otra. El Norte se cierra y está lleno de odios. Del Norte hay que ir saliendo [...]»⁷² Contrario al criterio de los positivistas, Martí pensaba que «los pueblos de América son más libres y prósperos a medida que más se apartan de los Estados Unidos».⁷³

En «Vindicación de Cuba» aclaró que muchos admiraban a esa gran nación, pero «desconfían de los elementos funestos que, como gusanos en la sangre, han comenzado en esta República

⁶⁶ J. M.: «Juan Carlos Gómez», en *O. C.*, t. 8, p. 189.

⁶⁷ J. M.: «El Partido Revolucionario al pueblo de Cuba», en *O. C.*, t. 2, p. 345.

⁶⁸ J. M.: «Cuaderno de Apuntes», en *O. C.*, t. 21, p. 16.

⁶⁹ J. M.: «Un drama terrible», en *O. C.*, t. 11, p. 335.

⁷⁰ Ídem.

⁷¹ J. M.: «En los Estados Unidos», en *O. C.*, t. 12, p. 135.

⁷² J. M.: «La crisis y el Partido Revolucionario Cubano», en *O. C.*, t. 2, p. 368.

⁷³ J. M.: «Las guerras civiles en Sudamérica», en *O. C.*, t. 6, p. 27.

portentosa su obra de destrucción», y concluía sentenciando: «Amamos a la patria de Lincoln, tanto como tememos a la patria de Cutting».⁷⁴ Con su peculiar clarividencia logró predecir la estrategia expansionista sobre nuestro continente: «[...] los vecinos de habla inglesa codician la clave de las Antillas para cerrar en ellas todo el Norte por el istmo, y apretar luego con todo ese peso por el Sur».⁷⁵

También a diferencia de los positivistas, desde su juventud, exhortaba: «Imitemos. ¡No! — Copiemos. ¡No! Es bueno, nos dicen. Es americano, decimos [...]», y agregaba: «Nuestra vida no se asemeja a la suya [...] La sensibilidad entre nosotros es muy vehemente. La inteligencia es menos positiva, las costumbres son más puras ¿cómo con leyes iguales vamos a regir dos pueblos diferentes?»⁷⁶ En 1894, publica «La verdad sobre los Estados Unidos», trabajo en el que afirma: «Es preciso que se sepa en nuestra América la verdad de los Estados Unidos».⁷⁷ Califica de «yanquimanía» —lo que recuerda la «nordomanía» criticada por Rodó— el «excesivo amor al Norte», ya fuera por ignorancia, deslumbramiento o impaciencia. Asegura que allí «en vez de resolverse los problemas de la humanidad, se reproducen»⁷⁸ y revela «el carácter crudo, desigual y decadente de los Estados Unidos».⁷⁹

La sexta dimensión se refiere a la manera en que se refleja esa supuesta inferioridad en la conciencia de los latinoamericanos y que se expresaba en el sentimiento de vergüenza y desprecio hacia su tierra. Martí, en el ensayo sobre el libro *La Sociedad hispanoamericana bajo la dominación española*, increpa: «De traidores está América cansada, que solo le hablan de su muerte fatal y de su ineptitud».⁸⁰

⁷⁴ J. M.: «Vindicación de Cuba», en *O. C.*, t. 1, p. 237.

⁷⁵ J. M.: «Otro cuerpo de consejo», en *O. C.*, t. 2, p. 373.

⁷⁶ J. M.: «Cuaderno de Apuntes», en *O. C.*, t. 21, p. 16.

⁷⁷ J. M.: «La verdad sobre los Estados Unidos», en *O. C.* (Reimpresión de la edición citada por Editorial de Ciencias Sociales en 1993), t. 28, p. 290. (No aparece en edición citada).

⁷⁸ *Ibíd.*, p. 291.

⁷⁹ *Ibíd.*, p. 294.

⁸⁰ J. M.: «La Sociedad Hispanoamericana bajo la dominación Española. Nuevo libro del Sr. Vicente G. Quesada», en *O. C.*, t. 7, p. 390.

En «Nuestra América» critica a los «sietemesinos» que no tienen fe en su tierra, a «Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió, y reniegan ¡bribones!, de la madre enferma [...]»;⁸¹ y glorifica el orgullo de ser latinoamericanos, con el doble objetivo de reivindicar los valores históricos y culturales de nuestros países y para levantar la mancillada autoestima de estos:

Ni ¿en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas.⁸²

Para referirse a ese sentimiento de subordinación que experimentaban los latinoamericanos, algunos autores lo califican como «complejo de culpa» o «complejo de inferioridad». El revolucionario antillano Frantz Fanon habla del «pretendido complejo de dependencia del colonizado».⁸³ Pablo González Casanova lo llama «colonialismo interno».⁸⁴ Otros comprenden ese fenómeno como proceso de «auto colonización» o como «doble conciencia»,⁸⁵ como lo ha denominado el sociólogo e intelectual negro W. E. B. Du Bois, a través de un concepto que introdujo a principios del siglo XX, en el cual desarrolla el dilema de las subjetividades formadas desde la experiencia de quien vive la modernidad desde la colonialidad. Walter D. Mignolo apela a la «subalternidad colonial»⁸⁶ para referirse al «dilema de las

⁸¹ J. M.: «Nuestra América», en *O. C.*, t. 6, p. 16.

⁸² Ídem.

⁸³ Frantz Fanon: *Piel negra, máscaras blancas*, Editorial Caminos, La Habana, 2010, p. 38.

⁸⁴ Pablo González Casanova: *Colonialismo interno. Nuevas formas de pensar en el mundo actual*, en *Casa de las Américas*, no. 188, La Habana, julio-septiembre 1992, p.12.

⁸⁵ W. E. B. Du Bois: *The Souls of Black Folk*, Vintage Books, Nueva York, 1990, citado por Mignolo en «La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad», en *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales, perspectivas latinoamericanas*, ed. cit., p. 64.

⁸⁶ Walter D. Mignolo.: «La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad», en *Ob. cit.*, p. 64.

subjetividades formadas en la diferencia colonial, experiencias de quien vivió y vive la modernidad desde la colonialidad».⁸⁷

Sarmiento lamenta: «Buenos Aires [...] fuera ya la Babilonia americana si el espíritu de la pampa no hubiese soplado sobre ella».⁸⁸ Martí, respecto a este asunto, considera: «Nuestro pecado hoy no es más, acaso, que el de tenernos en menos de lo que somos».⁸⁹ Y para revertirlo opina que «El servicio está en levantar las mentes caídas [...]».⁹⁰ En un trabajo periodístico reprende: «Las maravillas ajenas cantamos, como si no las tuviéramos propias»⁹¹ y seguidamente comenta sobre el esplendor logrado en una ciudad argentina «fundada sobre la yerba de una llanura» exalta: «Y ¿dónde es la maravilla? ¿En Texas? ¿En Colorado? ¿En algún territorio de los Estados Unidos?// No: es en Buenos Aires».⁹²

A la vergüenza y desprecio, contraponen el orgullo. A propósito del artículo «La República Argentina en los Estados Unidos», pondera: «Más han hecho nuestras tierras al subir a donde están, que los Estados Unidos en mantenerse, decayendo tal vez en lo esencial, de la maravilla de donde vinieron».⁹³ Lo mismo había asegurado en otro trabajo, meses antes, respecto a México.⁹⁴ Sobre Argentina, también resalta que «Buenos Aires tiene relativamente más escuelas que New York o París».⁹⁵ Intencionalmente insiste en esa idea:

Ignórase, generalmente, que ya hay en nuestra América pueblos que, en relación a su área útil y a sus habitantes, rinden tanto fruto al comercio humano como los Estados Unidos, y pagan más por la instrucción pública que ellos; que, en relación estricta a sus diversos antecedentes, los países de nuestra América ascienden a la libertad segura y generosa en la misma proporción en que los Estados Unidos descienden de ella [...]⁹⁶

⁸⁷ Ídem.

⁸⁸ Domingo Faustino Sarmiento: *Facundo*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1970, p. 25.

⁸⁹ J. M.: «Sobre negros y blancos», en *O. C.*, t. 3, p. 381.

⁹⁰ Ídem.

⁹¹ J. M.: «Juárez», en *O. C.*, t. 7, p. 327.

⁹² *Ibidem*, p. 328.

⁹³ J. M.: «La República Argentina en los Estados Unidos», en *O. C.*, t. 7, p. 330.

⁹⁴ J. M.: «México en los Estados Unidos», en *O. C.*, t. 7, p. 57.

⁹⁵ J. M.: «Agrupamiento de los pueblos de América», en *O. C.*, t. 7, p. 325.

⁹⁶ J. M.: «Las guerras civiles en Sudamérica», en *O. C.*, t. 6, p. 26.

Este pensamiento lo refrenda en el discurso que pronunció en la velada artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, a la que asistieron los delegados a la Conferencia Internacional Americana, en diciembre de 1889:

Pero por grande que esta tierra sea, y por ungida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo ni nos lo pueda tener a mal, es más grande porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez.⁹⁷

En esta ocasión también patentizó: «Por eso vivimos aquí, orgullosos de nuestra América, para servirla y honrarla», y seguidamente aclaró: «No vivimos, no, como siervos futuros ni como aldeanos deslumbrados, sino con la determinación y la capacidad de contribuir a que se la estime por sus méritos, y se la respete por sus sacrificios [...]»⁹⁸

La séptima dimensión radica en la desconfianza sobre la capacidad para el gobierno propio, como otra expresión del sentimiento de subordinación en la conciencia de los latinoamericanos. En Facundo, Sarmiento aboga por «el nuevo gobierno, amigo de los poderes europeos, simpático para todos los pueblos americanos» y considera que este «establecerá la tranquilidad en el exterior y en el interior, dando a cada uno su derecho y marchando por las mismas vías de conciliación y orden en que marchan todos los pueblos cultos».⁹⁹

Martí acusa de soberbio a quien tacha de «incapaz e irremediable a su república nativa» en cuanto a la posibilidad de gobernarse, y advierte que «La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil», sino en los que «quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia».¹⁰⁰ Preconiza que «Los políticos nacio-

⁹⁷ J. M.: «Discurso pronunciado en la velada artístico literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, el 19 de diciembre de 1889, a la que asistieron los delegados a la Conferencia Internacional Americana», en *O. C.*, t. 6, p. 134.

⁹⁸ *Ibíd.*, p. 140.

⁹⁹ Domingo Faustino Sarmiento: *Ob. cit.*, p. 214.

¹⁰⁰ J. M.: «Nuestra América», en *O. C.*, t. 6, pp. 16-17.

nales han de reemplazar a los políticos exóticos»;¹⁰¹ y que «Los gobernadores, en las repúblicas de indios, aprenden indio».¹⁰² Sobre esa idea desarrolla:

[...] el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la Naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas.¹⁰³

La octava dimensión radica en la tendencia a importar modelos foráneos como expresión también del sentimiento de dependencia. Martí rechazó el mimetismo en todas las esferas de la vida humana. En trabajo periodístico en 1886 reflexiona: «Nacidos en una época turbulenta, arrastrados al abrir los ojos a la luz por ideas ya hechas y por corrientes ya creadas, obedeciendo a instintos y a impulsos, más que a juicios y determinaciones» —y seguidamente establece— «los hombres de la generación actual vivimos en un desconocimiento lastimoso y casi total del problema que nos toca resolver».¹⁰⁴ En otro artículo, en 1890, explica:

[...] en época de tantas mezclas como la de ahora, donde los pueblos copian desmedidamente lo de otros, sin ceñirse a sacar del estudio del ajeno, aquel conocimiento de la identidad del hombre, por el que las naciones, aún rudimentarias, han de perfeccionarse y confundirse, sino bebiéndose por novelaría, o pobreza de invención, o dependencia intelectual, cuanta teoría, autóctona o traducida, sale al mercado ahíto. En América se padece de esto más que en pueblo alguno, porque los pueblos de habla española nada, que no sea manjar rehervido, reciben de España.¹⁰⁵

¹⁰¹ *Ibidem*, p. 18.

¹⁰² *Ibidem*, p. 21.

¹⁰³ *Ibidem*, p.17.

¹⁰⁴ J. M.: «Cuaderno de Apuntes», en *O. C.*, t. 21, p. 178.

¹⁰⁵ J. M.: «Francisco Sellén», en *O. C.*, t. 5, p. 189.

Alerta que «la ignorancia impaciente llevó a la imitación confusa» y que en una «época de mocedad y de romance» se tiende a tomar «lo que viene de modelos ya crecidos», a la «aceptación ligera» de los moldes «en que se habían echado a hervir civilizaciones distintas».¹⁰⁶ Critica a los que «lavan a destajo en el tronco indígena, por la fatiga de la novedad, ramas de Missouri o de Valdemoro, que le perturban la savia, o se la envenenan».¹⁰⁷ Reprocha: «[...] vivimos suspensos de toda idea y grandeza ajena, que trae cuño de Francia o Norteamérica; y en plantar bellacamente [...] ideas nacidas de otro Estado y de otra historia, perdemos las fuerzas que nos hacen falta para presentarnos al mundo [...]».¹⁰⁸

Particularmente, en cuanto a la educación, en 1884, increpa: «[...] si se preparase a los sudamericanos, no para vivir en Francia, cuando no son franceses, ni en los Estados Unidos, que es la más fecunda de estas modas malas [...] sino para vivir en la América del Sur! [...]».¹⁰⁹ En 1892, reafirma que «no se ha de criar naranjos para plantarlos en Noruega, ni manzanos para que den frutos en el Ecuador, sino que al árbol deportado se le ha de conservar el jugo nativo, para que a la vuelta a su rincón pueda echar raíces».¹¹⁰ En el plano de la cultura, en 1878, en carta a José Joaquín Palma, ilustra:

Hambrientos de cultura, la tomamos donde la hallamos más brillante. [...] Así, cubanos, hemos trocados, por nuestra forzada educación viciosa, en griegos, romanos, españoles, franceses, alemanes. // [...] ser propio y querer ser ajeno; desdeñar el sol patrio, y calentarse al viejo sol de Europa, trocar las palmas por los fresnos, los lirios del Cautillo por la amapola pálida del Darro, vale tanto, ¡oh, amigo mío! Tanto como apostatar. Apostasías en literatura, que preparan muy flojamente los ánimos para las venideras y originales luchas

¹⁰⁶ J. M.: «Un libro del Norte sobre las instituciones españolas en los estados que fueron de México», en *O. C.*, t. 7, p. 58.

¹⁰⁷ J. M.: «Las crónicas potosinas», en *O. C.*, t. 7, pp. 379-380.

¹⁰⁸ J. M.: «Agrupamiento de los pueblos de América», en *O. C.*, t. 7, p. 325.

¹⁰⁹ J. M.: «Mente Latina», en *O. C.*, t. 6, p. 26.

¹¹⁰ J. M.: «El colegio de Tomás Estrada Palma en Central Valley», en *O. C.*, t. 5, p. 260.

de la patria. Así comprometeremos sus destinos, torciéndola a ser copia de historia y pueblos extraños.¹¹¹

En 1892, en misiva a Gonzalo de Quesada, reprende al que «mendigo de las literaturas extranjeras» se fatiga «en vano por acomodar a un molde exótico el alma criolla».¹¹² Y le dice: «Ud. no espera el correo de Europa o de los Estados Unidos, para saber cómo manda pensar la última novedad [...]».¹¹³ En ese mismo año, escribe sobre Rafael Serra: «[...] la epopeya nace en cada alma libre [...] Unos son los segundones, y meras criaturas, de empacho de libros, y si les quitan de acá el Spencer y de allá el Ribot, y por aquí el Gibbons y por allí el Tucídides, se quedarían como el maniquí, sin piernas ni brazos».¹¹⁴

Aboga por el «americano que quiere a América americana, no madrileña o rubia»,¹¹⁵ y por la poesía que «se corta la melena zorrillesca y cuelga del árbol glorioso el chaleco colorado».¹¹⁶ También invoca la necesidad de cultivar un pensamiento propio a partir de que «los problemas de composición de un pueblo que aprendió a leer, sentado sobre el lomo de un siervo [...] no se han de resolver con el consejo del último diario inglés, ni con la tesis recién llegada de los alemanes [...]».¹¹⁷

La novena dimensión, que resume a las anteriores, consiste en la valoración que hace Martí sobre el fenómeno de la dependencia colonial. Se percata de que la dependencia no era solo política y económica, sino también cultural y espiritual. Reconoce como obstáculo de la propia condición humana el hábito de servidumbre arraigado en los cubanos —y en los latinoamericanos en general— que les quitaba la confianza en sí, sobre lo cual alertaba: «El trabajo no está en sacar a España de Cuba; sino en sacárnosla de las costumbres».¹¹⁸ Son reiteradas sus críticas al mal de actuar como «segundones» o «castas alquila-

¹¹¹ J. M.: «A José Joaquín Palma, Honduras 1882», en *O. C.*, t. 5, p. 95.

¹¹² J. M.: «Carta a Gonzalo de Quesada, Nueva York, 1892», en *O. C.*, t. 5, p. 197.

¹¹³ *Ibidem*, p. 196.

¹¹⁴ J. M.: «Rafael Serra. Para un libro», en *O. C.*, t. 4, pp. 380-381.

¹¹⁵ J. M.: «Palabras en la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York sobre Santiago Pérez Triana», en *O. C.*, t. 7, p. 428.

¹¹⁶ J. M.: «Nuestra América», en *O. C.*, t. 6, p. 21.

¹¹⁷ J. M.: «Discurso en conmemoración del 10 de octubre de 1868, en Hardman Hall, Nueva York, 10 de octubre de 1889», en *O. C.*, t. 4, p. 236.

¹¹⁸ J. M.: «Cuatro clubs nuevos», en *O. C.*, t. 2, p. 196.

dizas» y de ir «de arria» o «de reata». Concibe que «Ni hombres ni pueblos pueden rehuir la obra de desarrollarse por sí, -de costearse el paso por el mundo».¹¹⁹

Opuesto a todas las opresiones y a todos los fanatismos, tuvo clara conciencia de que la viciosa constitución colonial era un importante trastorno para las repúblicas nacientes «en los países compuestos por la esclavitud, y moldeados desde la uña al pelo, sobre ella».¹²⁰ Inquieta: «[...] ¿de qué sirve tener a Darwin sobre la mesa, si tenemos todavía al mayoral en nuestras costumbres?»¹²¹ Reconoce que «instituciones como la esclavitud, es tan difícil desarraigarla de las costumbres como de la ley. Lo que se borra de la constitución escrita, queda por algún tiempo en las relaciones sociales».¹²²

Comprende que no sería fácil la empresa de arrancar vicios y costumbres que la condición de colonia había enraizado en el país. Se percata de la pervivencia de rezagos coloniales en los países que ya habían alcanzado la libertad, rasgo típico de esa etapa, sobre lo cual percibe: «La colonia continuó viviendo en la República [...]»¹²³ También explica: «Un pueblo no es independiente cuando se ha sacudido las cadenas de sus amos; empieza a serlo cuando se ha arrancado de su ser los vicios de la vencida esclavitud [...]».¹²⁴ Entiende que es «ley que los pueblos no puedan pasar de la aspiración confusa de la servidumbre a la ciencia plena de la libertad».¹²⁵

Esta cuestión del «empalme» entre la colonia y la república había sido preocupación de varios pensadores que se cuestionaban cómo extirpar esa pervivencia para alcanzar la independencia cultural como segunda realización de la conciencia de la libertad. Esteban Hechavarría, Francisco Bilbao, José María Samper, José Victoriano Lastarria y José María Luis Mora hablaban de la necesidad de la emancipación interna, mental o del espíritu.

¹¹⁹ J. M.: «Crece», en *O. C.*, t. 3, p. 118.

¹²⁰ J. M.: «Cuatro clubs nuevos», en *O. C.*, t. 2, p. 195.

¹²¹ J. M.: «Discurso en conmemoración del 10 de octubre de 1868, en Hardman Hall, Nueva York, 10 de octubre de 1890», en *O. C.*, t. 4, p. 253.

¹²² J. M.: «El plato de lentejas», en *O. C.*, t. 3, p. 27.

¹²³ J. M.: «Nuestra América», en *O. C.*, t. 6, p. 19.

¹²⁴ J. M.: «Colegio de abogados», en *O. C.*, t. 6, p. 209.

¹²⁵ J. M.: «Cuatro clubs nuevos», en *O. C.*, t. 2, p. 200.

Juan Bautista Alberdi valoraba: «Nuestros padres nos dieron una independencia material; a nosotros nos toca la conquista del genio americano»; a ello añadía que «Dos cadenas nos ataban a Europa [...] Nuestros padres rompieron la una por la espada: nosotros romperemos la otra por el pensamiento»; y concluía afirmando que «Esta nueva conquista debería consumir nuestra emancipación [...] La filosofía americana, el arte americano, la sociabilidad americana, son otros tantos mundos que debemos conquistar».¹²⁶

Simón Bolívar, en otro tiempo, había dicho que «América no estaba preparada, para desprenderse de la metrópoli»,¹²⁷ que «después de haber roto todas las trabas de nuestra antigua opresión [...] Las reliquias de la dominación española permanecerán largo tiempo entre nosotros antes que lleguemos a anonadarlas [...]»,¹²⁸ y que «Nuestras manos ya están libres, todavía nuestros corazones padecen de las dolencias de la servidumbre».¹²⁹

Andrés Bello —de quien Martí diría—: «Y al elegir, de entre los grandes de América, los fundadores —le elijo a él—»¹³⁰ también había planteado que pocos habían dejado de presagiar que «teníamos que marchar por una senda erizada de espinas y regada de sangre» y que «mientras la sucesión de generaciones no hiciese olvidar los vicios y resabios del coloniaje, no podríamos divisar los primeros rayos de prosperidad».¹³¹ Además, juzgaba: «Es una especie de fatalidad la que subyuga las naciones que empiezan a las que las han precedido».¹³²

¹²⁶ Juan Bautista Alberdi: *Fragmento preliminar del estudio del derecho*, Buenos Aires, Librería Hachette, 1955, pp. 55-56.

¹²⁷ Simón Bolívar: «La Carta de Jamaica. Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla (Henry Cullen), Kingston, 6 de septiembre de 1815», en *Antología Simón Bolívar, Colección Palabras Esenciales*, Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información, Caracas, 2009, p. 96.

¹²⁸ Simón Bolívar: «Discurso pronunciado ante el Congreso de Angostura, en Angostura, el 15 de febrero de 1819», en *Discursos y proclamas*, Fundación Biblioteca Ayacucho, Colección Claves de América Digital No. 1, Caracas, 2007, p. 79.

¹²⁹ Ídem.

¹³⁰ J. M.: «Centenario de Andrés Bello», en *O. C.*, t. 7, p. 216.

¹³¹ Andrés Bello: «Las repúblicas hispanoamericanas: Autonomía cultural», en *Antología del pensamiento hispánico*, El Araucano, versión electrónica por José Luis Gómez-Martínez.

¹³² _____: «Modo de estudiar la historia», en *Antología del pensamiento hispánico*, El Araucano, versión electrónica por José Luis Gómez-Martínez.

En ese incesante diálogo con pensadores contemporáneos y predecesores —y con los sucesores también— Martí reflexiona: «Somos libres, porque no podemos ser esclavos: nuestro continente es salvaje, y nuestra condición es el dominio propio: pero no sabemos ser libres todavía».¹³³ Sobre esta cuestión esclarece: «Dícese, con decir progreso, que ha echado de sí la patria vestiduras que la sofocaban y oprimían: verdad es que así termina el señorío del dueño; pero aún queda el vasallaje [...]».¹³⁴ Años después, en 1900, Justo Sierra diría: «[...] emanciparse de España fue lo primero; lo segundo fue emanciparse del régimen colonial: dos etapas de una misma obra de creación de una persona nacional dueña de sí misma».¹³⁵

La dependencia cultural, aún después de lograrse la independencia política, lastraba el desarrollo de nuestros países coloniales. La idea de que es indispensable liberarse de las ataduras de la colonia y lograr la independencia, no solo en lo político sino también en lo cultural y en la espiritualidad de los hombres, queda explicitada en varios escritos. Con énfasis en esta idea repetía: «Ni la originalidad literaria cabe, ni la libertad política subsiste mientras no se asegure la libertad espiritual. El primer trabajo del hombre es reconquistarse».¹³⁶ También reclamaba: «Se abren campañas por la libertad política; debieran abrirse con mayor vigor por la libertad espiritual; y por la acomodación del hombre a la tierra en que ha de vivir».¹³⁷ En 1876 ya anunciaba:

El sueño comienza a cumplirse. América, gigante fiero, cubierto con harapos de todas las banderas que con los gérmenes de sus colores han intoxicado su sangre, va arrancándose sus vestiduras, va desligándose de estos residuos inamalgamables, va sacudiendo la opresión moral que distintas dominaciones han dejado en ella, va redimiéndose de su confusión y del servilismo de las doctrinas importadas, y vive vida propia, y ora vacilante, firme luego,

¹³³ J. M.: «La Democracia Práctica», en *O. C.*, t. 7, p. 347.

¹³⁴ J. M.: «El Liceo Hidalgo», en *O. C.*, t. 6, p. 306.

¹³⁵ Justo Sierra: *La evolución política del pueblo mexicano*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1977.

¹³⁶ J. M.: «El poema del Niágara», en *O. C.*, t. 7, p. 230.

¹³⁷ J. M.: «Mente Latina», en *O. C.*, t. 6, p. 26.

siempre combatida, estorbada y envidiada, camina hacia sí misma, se crea instituciones originales, reforma y acomoda las extrañas, pone su cerebro sobre su corazón, y contando sus heridas, calcula sobre ellas la manera de ejercitar la libertad.¹³⁸

En su ensayo cumbre, en 1891, avizora que «nuestra América se está salvando de sus grandes yerros»,¹³⁹ en la lucha de la república contra la colonia, y los resume: «[...] de la soberbia de las ciudades capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados, de la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas, del desdén inicuo e impolítico de la raza aborigen [...]».¹⁴⁰ En *Patria*, en 1894, resalta:

En nuestra América hay mucho más sentido de lo que se piensa, y los pueblos que pasan por menores, —y lo son en territorio o habitantes más que en propósito y juicio—, van salvándose a timón seguro de la mala sangre de la colonia de ayer y de la dependencia y la servidumbre a que los empezaba a llevar, por equivocado amor a formas ajenas y superficiales de república, un concepto falso, y criminal de americanismo.¹⁴¹

En su afán de independizar a Cuba de España, comprende la incompatibilidad irremediable entre la metrópoli «anticuada y rudimentaria» y «una colonia que tiene intereses distintos y alma diversa y superior a la de su metrópoli».¹⁴² Aprecia que Cuba «es un pueblo superior, como entidad contemporánea, a pesar de su heterogénea y peculiar formación, a la nación española [...]»¹⁴³ Sobre esa base, predica: «No puede Cuba, dispuesta ya para el progreso libre en el mundo americano, seguir de peatón de un pueblo europeo [...]»;¹⁴⁴ y asegura:

[...] echaremos de Cuba el mal gobierno de España; porque no puede un pueblo perezoso, dividido, retardado, lejano y

¹³⁸ J. M.: «La democracia práctica», en *O. C.*, t. 7, p. 348.

¹³⁹ J. M.: «Nuestra América», en *O. C.*, t. 6, p. 19.

¹⁴⁰ Ídem.

¹⁴¹ J. M.: «Honduras y los extranjeros», en *O. C.*, t. 8, p. 35.

¹⁴² J. M.: «Política insuficiente», en *O. C.*, t. 2, p. 195.

¹⁴³ J. M.: «El Partido Revolucionario a Cuba», en *O. C.*, t. 2, p. 343.

¹⁴⁴ *Ibidem*, pp. 344-345.

cruel, regir, en el crucero del mundo moderno, en la puerta misma de la nueva humanidad, a un pueblo ágil, unido en el afán de mejora y el concepto de un mundo mejor, ya a nivel con la edad moderna [...]¹⁴⁵

En fecha temprana, en enero de 1869, en el único número de *El Diablo Cojuelo*, ya apuntaba: «Yara o Madrid»,¹⁴⁶ en 1873, fundamentó por qué Cuba no podía pertenecerle a España y desmintió el falso argumento de la integridad del territorio: «Patria es comunidad de intereses, unidad de tradiciones, unidad de fines, fusión dulcísima y consoladora de amores y esperanzas». Y añadió: «Y no viven los cubanos como los peninsulares viven [...] De distinto comercio se alimentan, con distintos países se relacionan, con opuestas costumbres se regocijan. No hay entre ellos aspiraciones comunes [...]¹⁴⁷

Posteriormente, combatió también la ineficacia de la idea de anexión a Estados Unidos —al que veía como la expresión de Europa en América, como «la Roma americana»— por considerarlo distinto en «antecedentes, naturaleza, clima, carácter y métodos políticos»,¹⁴⁸ o por «la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales».¹⁴⁹ Está convencido de que «Cuba debe ser libre —de España y de los Estados Unidos—».¹⁵⁰

Conocedor de la función reductora y corruptora de la vida colonial, Martí despliega su pensamiento anticolonialista y liberador, enraizado en la historia y la cultura de nuestros pueblos, en defensa de la soberanía de Latinoamérica como sujeto que, ante el «deber ser» ajeno, debía autoafirmarse en su alteridad.

¹⁴⁵ J. M.: «España en Melilla», en *O. C.*, t. 5, p. 356.

¹⁴⁶ J. M.: «El diablo cojuelo», en *O. C.*, t. 1, p. 32.

¹⁴⁷ J. M.: «La República Española ante la Revolución Cubana», en *O. C.*, t. 1, pp. 393-394.

¹⁴⁸ J. M.: «El Evening Telegraph de Filadelfia. Una entrevista sobre Cuba», en *O. C.*, t. 2, p. 107.

¹⁴⁹ J. M.: «Nuestra América», en *O. C.*, t. 6, p. 21.

¹⁵⁰ J. M.: «Cuaderno de Apuntes», en *O. C.*, t. 21, p.380.